

Cada cinco vueltas a la vida

Patricia Bolaños González

La Bajada de la Virgen es una noche con luna llena que nos llena los años de medias lunas de cinco en cinco veranos. De alguna forma, los palmeros nos hemos acostumbrado, desde niños, a medir el tiempo en lustros. Así discurre el calendario en nuestra isla y así nuestra propia vida va tomando forma a intervalos fijos, como si el tiempo transcurrido entre Bajada y Bajada constituyera una parte del cuerpo que somos aquí y ahora.

* * *

El año 1990 es fecha de Bajada. A tus tres años, percibes cómo a tus padres les brillan los ojos de ilusión mientras te ponen tu mejor vestido. Un lazo en el pelo, quizás, y los zapatos nuevos. También tus ojos echan chispas, porque te han dicho que vas a ver bailar a unos enanitos. No entiendes muy bien de qué hablan, pero brincas y ríes porque la calle está llena de luz, de música

y de gente que hace cola con expectación en la mirada. Algo especial cubre el ambiente de un misterio bullicioso y tú, que solo has visto enanos en las ilustraciones de los cuentos infantiles, imaginas a siete hombrecillos de gran nariz tarareando una canción a coro mientras contemplas boquiabierto a veinticuatro hombrecillos de enorme gorro oscuro bailando una alegre polca al salir de una caseta.

En 1995 no te sirve el vestido de aquella noche de julio en que un enano te rozó deliberante un pie mientras bailaba. Has crecido. Tienes ocho años y es noche de Pandorga. Quieres llevar una —una pequeña, tal vez, con forma de estrella o de velero—, pero temes que pese demasiado y te fallen las fuerzas antes de llegar a La Alameda. Te armas de valor. A esa edad, cada acción es un reto y cada experien-

Danza de Enanos en la plaza de Santo Domingo (1990). AGLP

cia, por insignificante que parezca, una hazaña en la que nos va la vida. Tomas la caperuza y te vas animando al ritmo de la banda mientras el desfile avanza calle Real arriba. Ya no son tus pasos, sino los de la gente que baila alrededor, los que te conducen. Brilla el color al destello del fuego que lo aviva. Suena la música de nuevo, más fuerte, con acento luminario, y la noche —y el miedo— arden coloridos en lo más profundo del barranco.

Año 2000 en el santuario de Las Nieves la tarde del primer domingo de julio. Huele a almendras y a vino fraguado al sur de las enaguas que se deslizan por la pequeña plaza. El traje de seda se ciñe en torno a tu incipiente cintura de trece años. Un ir y venir de romeros encamina el rumbo de las cuarenta y dos piezas que componen las «piernas» de la Virgen. Vivas al aire con la voz cortada. Giras sobre tus talones y El Planto te abre el paso en medio de una romería de botines y polainas. Más arriba, el árbol de la fuente sigue tapizando de pequeñas flores el suelo de la plaza.

El 2005 llega como una transición. Siempre los dieciocho años lo fueron. «Último» verano. Pronto te despedirás de la isla por una temporada y la Bajada es una ocasión inmejorable para compartir experiencias con los amigos de siempre. Quedas, sales a la calle y, de repente... un grupo de niños y jóvenes ataviados con colores vivos y dos pares de escaleras llenan los adoquines de acrobacias imposibles. Suena el redoble y surge la figura. Todos aplauden. La banda pone el ritmo y los acróbatas devuelven las piruetas a las calles de la capital después de veinticinco años de silencio equilibrista.

Aterrizas el 2010 y, con él, tú de vuelta en la pequeña isla. Regresas con muchas horas de libros y apuntes en los codos y veintitrés velas recién sopladadas. El regalo: dice el programa de la Bajada que hay

concierto de tu cantante favorito en el Circo de Marte. Tarareas cada letra y cada coma que introduce la guitarra. Llega la noche mágica de los Enanos y te sientas a esperar en la butaca a que suenen los primeros acordes de la polca. Coges la mano de quien te acompaña sentado a tu derecha y sabes que aquella mano es para siempre. Una sonrisa se abre paso cuando imaginas que, dentro de cinco, diez o quince años sujetarás en esa misma butaca la mano y la ilusión de unos niños que tendrán los ojos de su padre y la boca de su madre.

El segundo sábado de julio de 2015 la Virgen de las Nieves ya descansa en la parroquia de La Encarnación. A tus veintiocho años, has ido hasta allí contemplando las *Poesías Murales* que han vuelto a cubrir las fachadas después de varios lustros, de la mano que nunca te ha soltado desde aquella noche de polca saltarina. Observan juntos, en silencio, el rostro de la Virgen y al niño que envuelve entre su manto y su mirada. Y, mientras acaricias tu redondeado vientre, sientes a la vida recién hecha saludando a la Virgen desde dentro.

* * *

Año 2020: Te brillarán los ojos de ilusión mientras les pones a tus hijos sus mejores ropas. A él —Miguel, cuatro años—, una camisa de botones y una pequeña pajarita con imágenes de Mickey. A ella —Alba, dos años—, un vestido de colores y un lazo en el pelo, quizás, con un dibujo de Minnie sonriendo. Les dirás que vamos a ver bailar a unos enanitos y ellos te hablarán, tal vez, de Blancanieves y brincarán y reirán emocionados, porque perciben la magia en el ambiente. Volverán a la butaca donde proyectaste el futuro, cogidos de la mano, esta vez los cuatro. Sonará la polca en la noche de media luna y, a tus treinta y tres años, darás gracias a Dios por seguir ayudándote a crecer de cinco en cinco años.